

La de enfrente dedicada á la Purísima, cuyo altar tiene semejanza con el mayor, la hizo con más esplendidez de lo que había pensado al principio, por amonestación del arquitecto Mora, el noble Francisco Guillamas Velásquez, tesorero de tres reinas sucesivas, y en las hornacinas laterales decoradas con pilastras corintias y frontispicio figuran orando de rodillas él y su consorte vistiendo el traje de su época con enormes golillas (1). Al lado de esta fundó su capilla en 1618 el canónigo Agustín de Mena, cubriendo de excelentes cuadros sus paredes, como lo son por fortuna casi todos los del templo (2). En vida ya de santa Teresa, pegada á la iglesia de San José se había erigido á san Pablo otra más pequeña, tal como hoy se mantiene con entrada bajo el mismo pórtico, con techo de madera y reja á un costado; y bajo su pavimento descansa el que la costeó, Francisco de Salcedo, el *caballero santo* como ella le llamaba, favorecido con el más puro afecto de aquel gran corazón que tanto amaba en Dios á sus amigos (3).

sino la de Julián de Ávila, que creemos sea la misma por la grande amistad que había entre ambos sacerdotes.

(1) El letrado le titula señor de las villas de la Serna, Badillo y los Povos, regidor de la ciudad, maestro de la cámara de los reyes Felipe II, III y IV y tesorero de las reinas doña Ana, doña Margarita y doña Isabel; murió de 82 años en Madrid á 3 de octubre de 1637. Á sus expensas se hizo en 1610 el retablo de la ermita de Sansoles y en 1612 la portada. Su mujer á quien echaba la culpa, según la relación de Mora, de no haber comenzado las obras de la iglesia de San José con la perfección conveniente, se llamaba Catalina de Rois Bernaldo de Quirós, y yace allí con su hija doña María, marquesa de Lorianá.

(2) Hizo trasladar á ella dicho Mena los restos de sus padres y de su hermano Francisco. Véase atrás lo que pasó entre él y Mora el arquitecto, acerca de la expresada capilla.

(3) Pruébalo la graciosa carta, X de la citada edición, que le escribió la santa en setiembre de 1568 y en la cual se leen estas sentidas frases: «No me diga tanto de que es viejo, que me da en todo mi seso pena, como si en la vida de los mozos hubiera alguna seguridad. Desela Dios hasta que yo me muera, que después por no estar allá sin él he de procurar lo lleve nuestro Señor presto». Y en el capítulo XXIII de su vida dice de él: «me parece fué principio para que mi alma se salvase». Viudo de su piadosa consorte doña Mencía del Águila por el año de 1570, abrazó Salcedo el estado sacerdotal y murió en 12 de setiembre de 1580, legando al convento, del cual fué en vida asiduo bienhechor, parte de sus bienes no muy cuantiosos. Parece que viviendo labró dicha iglesita de San Pablo distinta de la de San José, y en un dictamen que santa Teresa escribió sobre el empleo de la herencia de su amigo dice saber «que todo su intento era dar autoridad á esa iglesia,

Después que el de la Encarnación, pero muy antes que el de las Madres, se inauguró en Ávila año de 1539 otro convento de franciscas llamado de la Concepción en unas casas del arrabal del norte contiguas á San Andrés, legadas al efecto por el canónigo Maldonado. Edificó desde luégo el cuerpo de la iglesia otro canónigo apellidado Escudero, y la capilla mayor con la bóveda de arquería que hoy conserva la hicieron Antonio Navarro y Catalina Sedano su mujer, transfiriendo en 1599 el patronato á doña Luísa Guillamas para su entierro: en el arco de la portería alcovado y guarnecido de bolas se observa aún cierta gótica reminiscencia. El convento en nuestros días ha cedido su puesto á la inclusa, y ha ocupado á su vez á la derecha de la puerta del Alcázar el del hospital de la Magdalena, tan antiguo como indican sus dos portadas bizantinas flanqueadas de columnas, de las cuales una introduce al edificio y otra interior á la iglesia que fué capilla, cuyo ábside asoma por fuera su desnuda redondez.

Por una singular excepción se han aumentado últimamente en Ávila con una más las casas de religiosas, atendiendo de paso á la conservación de una insigne fábrica vacía de moradores. Desde Aldeanueva de Santa Cruz metida en la sierra entre Piedrahíta y Barco de Ávila, ha pasado á la capital de la provincia doce leguas distante la comunidad de dominicas establecida allí á la entrada del siglo XVI y floreciente largo tiempo bajo la protección de los duques de Alba (1); y en unión del adjunto edificio se les ha dado el templo que con el modesto título de capilla goza en la ciudad de merecida fama como uno de los más suntuosos. Su fundador no fué mosén Rubín de Bra-

y que mejor se cumpliría su voluntad en hacerla mayor y de bóveda, que pues no la hay de san Pablo en este lugar sería bien fuese grande para celebrar sus fiestas».

(1) Empezó en 1480 por colegio de niñas, más adelante se hizo beaterio y en 1522 verdadero convento de religiosas, asegurándose que llegó á tener cuatrocientas, muchas de la estirpe de los Toledos y de otras no menos ilustres. El edificio, devorado por las llamas en 1565, fué reconstruido á expensas de la duquesa de Alba.

camonte cuyo nombre lleva, señor de Fuente el Sol y tercer nieto del almirante de Francia venido á Castilla en el reinado de Enrique III (1); sino que heredó simplemente el patronato de su tía doña María de Herrera, cuyo marido Andrés Vásquez Dávila era hermano de su madre. Aquella ilustre dama instituyó por testamento en 1516 una especie de colegiata con seis capellanes y la contigua casa para albergue de trece donados del hábito de san Jerónimo, siete varones y seis mujeres, proveyendo ampliamente al culto así como al sustento de dichos pobres con seis mil ducados de renta anual. La obra no se hizo toda de una vez, pues con los machones, ajimeces y sartas de perlas, que en la capilla mayor y crucero marcan con elegancia no común el tipo de la decadencia gótica, se combinan las grandes columnas corintias de la nave, pareadas á uno y otro lado de la puerta, la galería de liso arquivado que corre encima de ellas, las ventanas con cartelas tapiadas en los entrepaños, y la portada del renacimiento que da entrada á las habitaciones, adornada en el ático con un relieve de la Anunciación titular del establecimiento, y que en espaciosa plaza forma ángulo con la iglesia.

No menos armoniosamente casan en el interior de esta entrambas arquitecturas: apoderada la gótica de la cabecera y de los brazos que describen una grandiosa cruz con ángulos sumamente obtusos, formando grata entonación las pardas tintas de sus muros y los jaspeados sillares rojos de sus bóvedas de crucería con las pintadas vidrieras de sus dobles ventanas semicirculares; y la greco-romana dueña del cuerpo de la nave, desplegando los tres arcos almohadillados del coro desiguales entre sí sobre gemelas columnas corintias. Del mismo modo se her-

(1) De dicho almirante, llamado también mosén Rubín diminutivo de Roberto, tomaron por una hija suya origen y apellido los Bracamontes señores de Peñaranda, como notamos hablando de esta villa pág. 295. El mosén Rubín enterrado en la capilla y rebiznieto del almirante era hijo de Diego Álvarez Bracamonte y de doña Isabel de Saavedra. Á la misma casa pertenecía el don Diego Bracamonte decapitado por cierto pasquín en 1592, cuyo cuerpo fué llevado provisionalmente á la expresada capilla (v. pág. 331).

manan, aunque no tan felizmente, dos antiguas pinturas de san Jerónimo y san Antonio de Padua con los churriguerescos retablos del crucero y con un trozo de moderna sillería á la parte derecha: en medio de la capilla yacían sobre magnífica urna de mármol la efigie del patrono mosén Rubín y otra probablemente de su consorte, que á fines del último siglo se arrinconaron á fuer de estorbo con tanta falta de piadosa gratitud como de artístico sentimiento (1). El retablo mayor pertenece sin duda á principios del siglo XVII, segunda época de la expresada construcción, y entre los lienzos estimables colocados en sus tres cuerpos se nota ya en el acto de la transverberación una imagen de la inmortal patricia elevada por aquellos años á los altares.

Con brillante procesión, con toros y cañas, con comedias y fuegos, festejó Ávila en agosto de 1614, la beatificación de Teresa de Jesús, y al año siguiente acordó guardar su fiesta; pero sus vítores se perdieron en las aclamaciones generales con que muy pronto España entera la saludó por patrona. Era hartamente insigne aquella gloria para encerrarse dentro de los muros de su silenciosa patria, para no trasfundirse á la nación, al cristianismo, á la humanidad. Por un raro privilegio, la regeneradora carmelita es uno de los pocos santos que el mundo reconoce y admite en su panteón de celebridades, cuyos libros hojea y admira aunque no siempre comprende, cuya vida absorta en Dios y limitada por fuera á la reforma de algunos conventos le interesa al par de las que más hondamente han cambiado la faz de la tierra. Teresa es de toda región y de toda edad: ¿pero dónde se la siente mejor que en sus sutiles auras nativas, en su ciudad tan piadosa y tan hidalga, entre palacios desiertos y claustros aún poblados, y en medio del recogimiento en que sumen al alma las graves é imponentes fábricas de lo pasado y los contornos de una tétrica y brumosa naturaleza?

(1) Ponz alcanzó á ver en su sitio aquel sepulcro, pero en su segundo viaje á Ávila lo halló ya deshecho y las figuras yacentes puestas de pié en dos nichos de la pared: ahora ni aun esto queda.